



Performance *Re-velar*. Centro de Desarrollo Cultural de Moravia. Medellín, 2011. Fotografía: Archivo del Cuerpo Habla

La ciudad total, la ciudad colectiva, la ciudad...

Luis Fernando González Escobar

La ciudad, por principio, es una construcción colectiva. Se considera el mayor logro cultural del hombre, su más elaborado artefacto. Un dispositivo urbano que es el primer gran desarrollo de la civilización, en términos de Leroi-Gourhan. Pero, de igual manera, históricamente la ciudad ha sido centro de poder político, económico y religioso. Y desde el poder se ha concebido. Por eso, también es cierto que una ciudad la construimos todos, pero la planifican unos pocos.

El poder de la ciudad llevó al sueño de la totalidad y de la comunidad perfecta; de

ahí las ciudades ideales para dios o para el príncipe: la Jerusalén celestial, la ciudad vista como comunidad perfecta de Santo Tomás de Aquino, la Sforzina del arquitecto Filarete, las cincuenta y cuatro ciudades con su capital, Amorauta, de la *Utopía* de Tomas Moro, o el modelo para el mundo novo hispano, “el sueño de un orden”, cruce entre el sueño cristiano y la racionalidad.

Con los efectos negativos de la Revolución Industrial, ese ideal de orden y el prurito de efectuar una acción remedial en la ciudad llegó el arquitecto, transformado en urbanista, que después se

hará con una serie de concepciones, ya se llamen proyección, planeación o diseño urbanos, entre otras definiciones para “el diseño de la forma ‘física’ del espacio urbano”, como dice Benedetto Gravagnuolo. En general, el arquitecto es el omnisciente que sueña y delinea la ciudad para todos, bien desde una perspectiva estética o una funcional, además de otras consideraciones puestas en circulación desde el origen del urbanismo moderno en el siglo xix.

Pero aquella figura omnímoda, el pequeño dios urbano, comenzó a ser cuestionado. Lejos de una pretensión erudita o de una genealogía de los discursos, que están por fuera del alcance y propósitos de este texto, es necesario señalar algunas vertientes de esa reflexión sobre la ciudad que erosiona el discurso arquitectónico. Por ejemplo, las teorías de sociólogos como los clásicos Max Weber y Émile Durkheim, quienes miraron los efectos de la urbanización en los grupos sociales y siguen proyectando hasta el presente sus preguntas y búsquedas. O el caso de la famosa Escuela de Chicago, la de los sociólogos, no la de los arquitectos, que, partiendo de conceptos biológicos, trató de explicar los fenómenos sociales urbanos al tomar como laboratorio aquella ciudad industrial norteamericana. O los antropólogos que, en las últimas décadas del siglo xx, dejaron de estudiar sólo las culturas exóticas y comenzaron a entender y a comprender las tribus urbanas o, en general, la cultura urbana. Ni qué decir de los economistas que, desde las teorías del desarrollo, introdujeron y manejaron nuevas herramientas de planificación con efectos en el territorio. La complejidad de la interpretación y de la disciplina alrededor de la ciudad era una respuesta a la, a su vez, creciente comple-

jidad urbana, que llevó incluso a la idea de la disolución de la ciudad por la concepción megapolitana.

Y, no obstante, toda esta experticia se puso en duda desde planteamientos como los del arquitecto inglés John Turner, en la década de 1970, con su premisa de “todo el poder para los usuarios”, para reclamar la auto-gestión en las decisiones y acciones para el problema de la vivienda, una forma autónoma y democrática de hacer ciudad. Con lo que se controvertía la experticia del arquitecto y se ponía en discusión su nuevo rol.

Igual ocurrió desde las ideas de la Investigación Acción Participativa —IAP— que, desde la década de 1940, comenzaron a ser formuladas y fueron recogidas, también en la década de 1970, por el sociólogo colombiano Orlando Fals Borda, bajo la premisa de la “acción comunitaria”, para reclamar una investigación con y para la gente, que respondiera a las realidades de las comunidades, ideas básicas que también fueron llevadas al tema de la vivienda y de la planeación local.

En el caso particular de Medellín, los intentos por planificar la ciudad, por poner en orden a partir de un plano, se iniciaron en 1890 con el primer *Plano del ensanche futuro* y sus ideas higienistas; siguieron en la primera mitad del siglo xx con el *Medellín futuro*, llegando a su punto más alto del sueño del arquitecto por una ciudad moderna con el denominado *Plan Piloto* desarrollado entre 1948 y 1951 por José Luis Sert y Paul Lester Wiener con un equipo de arquitectos e ingenieros extranjeros y locales. Pero, al mismo tiempo que se trataba de ordenar y configurar la ciudad formal, en el mismo centro —Estación Villa y La Alpuja-

rra — y en diferentes sectores a orillas de las quebradas y las laderas, otros actores declarados como “piratas” e “informales” hicieron ciudad, apoyados en buena parte por sectores religiosos contrarios a la oficialidad e inspirados en la Teología de la Liberación.

Es, de cierta manera, temprana la idea de acompañar a las comunidades en su ocupación territorial, pero tardía la incorporación de una idea de participación en la planeación. Incluso, desde los tiempos de las Juntas de Acción Comunal, en la década de 1960, hubo una utilización administrativa y política de las comunidades barriales, partiendo de experiencias colaborativas tradicionales, para hacer la ciudad popular. Las experiencias de planeación local y comunitaria se vuelven importantes, pero al margen de lo normativo. Con la Constitución de 1991 y la Ley 388 de 1997, conocida como ley de ordenamiento territorial, se definió la participación comunitaria como parte fundamental de ese ordenamiento. Incluso la referida Ley 388 habla de la “participación democrática” para el ejercicio de las acciones urbanísticas, concertando todos los intereses políticos y económicos, mediante la participación de los pobladores y sus organizaciones.

Obviamente, aquel ideal democrático de la intervención urbana concertada y democrática es más una intención que una realidad. Las sinuosidades de ciertos actores, las presiones gremiales a favor de sus propios intereses económicos y la imposibilidad de la experticia técnica por entender el valor de aquella participación la han condenado como algo superfluo o de mero trámite. Basta observar en lo que se ha convertido el diseño participativo, el que los arquitectos han derivado a los

famosos e infallibles “talleres de imaginarios”, reuniones de grupos de pobladores que son convocados para pintar con ingenuidad de primitivistas lo que poco será tenido en cuenta, pero que servirá para respaldar un discurso de proyecto en el que no compaginan el imaginario y el formalismo arquitectónico.

Aparte habría que decir que la participación comunitaria no se aleja de los problemas de corrupción y cooptación ilegal. Aquel buen intento de democratizar el gobierno mediante el Presupuesto Participativo, que se planteó desde 1988 en la ciudad brasileña de Sao Paulo y que llegó a nuestra ciudad años después, ha terminado por ser territorio de poliquitería, pago de favores, falsos contratos a favor de intereses ilegales, etc. También la falta de claridad en las estrategias y en los instrumentos participativos, o la pobreza técnica de la conversión de esa participación en acciones concretas en los territorios han terminado por generar desconfianza o duda sobre su real eficacia.

Por todo lo anterior, se puede decir que ahora la utopía no es la ciudad total, sino la ciudad colectiva. Hacer posible la incorporación del pensamiento de quienes han hecho ciudad por siglos en la definición de su forma física y material. No hay fórmulas, sino experiencias parciales. No hay todavía definiciones, sino posibilidades. Pero eso no quita que sea el ideal por alcanzar.

Luis Fernando González Escobar es profesor asociado y director de la Escuela del Hábitat de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia — sede Medellín —. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.